

Edición/Ausgabe #4

12.2015

ISSN 2414-228X

ReveLA

Realidades y visiones sobre Latinoamérica

¿Colonialidad? - ¿Postcolonialidad? -
¿Decolonialidad?
Interrogantes desde el sentir y el pensar
latinoamericano

Revista ReveLA #4

¿Colonialidad? - ¿Postcolonialidad? - ¿Decolonialidad?
Interrogantes desde el sentir y el pensar latinoamericano*

Kolonialität? – Postkolonialität? – Dekolonialität?
Fragen aus dem Fühlen und Denken Lateinamerikas*

ISSN 2414-228X

Viena, Austria
Diciembre de 2015

www.revistarevela.com
revela.viena@gmail.com

*Verein ReveLA. Realidades y Visiones sobre Latinoamérica/
Plattform für interkulturellen Wissensaustausch*

Producción editorial | Redaktion:
Equipo editorial y creador ReveLA | Redaktionsteam ReveLA

Portada | Cover:
Carolina Rojas
“La Pola”
Sopó, Colombia, 2011

Diseño y diagramación | grafische Gestaltung und Satz:
Carolina Rojas

* El contenido de los distintos artículos es responsabilidad de sus autores, y no necesariamente refleja la opinión de la Revista ReveLA

Editorial Queridos lectores

Es increíble pensar en todo lo que ha pasado en estos últimos seis meses desde la publicación de la tercera edición de la Revista ReveLA. Nuestro proyecto ha crecido y luego de una fase de intenso trabajo llega esta cuarta edición, acompañada por una serie de novedades agradables que queremos compartir con nuestros lectores:

Ante todo, queremos anunciar la fundación de la Asociación *ReveLA. Realidades y Visiones sobre Latinoamérica/Plattform für interkulturellen Wissensaustausch*, que se dedicará, -además de la publicación regular de la revista-, a la promoción de iniciativas y actividades de intercambio cultural y científico en relación con Latinoamérica. La figura legal (asociación o *Verein* en alemán) abre posibilidades nuevas y diversas de interacción y cooperación con otras asociaciones, organizaciones, colectivos, universidades y personas, en lo cual ya estamos trabajando.

Otra noticia que nos llena de satisfacción es la inscripción de la revista en el sistema ISSN, que permite la inclusión de nuestras publicaciones en los registros de bibliotecas e implica que puede ser citada, lo que sin duda es esencial para el intercambio de conocimientos. Estos dos nuevos logros son a la vez un primer paso hacia la meta de poder compartir la Revista ReveLA también en forma impresa.

Más allá de esto, lanzamos la iniciativa “ReveLA escribe libros... yo regalo uno!!!” abriendo espacios novedosos de creación, intercambio e interacción. Este año apoyamos el proyecto del libro “Redes de poder después del genocidio” de Harald Waxenecker -del equipo de redacción ReveLA-, una iniciativa y contribución hacia los esfuerzos por “democratizar la democracia guatemalteca”, que fomenta el acceso a información y conocimiento mediante la elaboración y la distribución gratuita de 1.000 libros en Guatemala.

Finalmente, nos satisface de nuevo la gran cantidad, la diversidad temática y las aproximaciones interesantes de los artículos, reportes, historias, anécdotas y fotografías que hemos recibido y que podemos compartir en “ReveLA – Edición #4”, cuyo tema central de la sección científica gira alrededor de uno de los debates más apremiantes de la investigación en ciencias humanas y sociales: ¿Colonialidad? – ¿Postcolonialidad? – ¿Decolonialidad? Interrogantes desde el sentir y pensar latinoamericano.

Deseamos una lectura cautivadora,

Simone Schober
Equipo ReveLA



Inhalt

Contenido

Batucada	6
• De Australia para Austria. Latinos everywhere <i>Rossana Castro Landeros con asistencia de Ma. Cristina Ponce y Trini Espinosa</i>	7
• No es sólo un adorno en la cabeza. <i>Marcela Torres Heredia</i>	10
• La construcción de la identidad cultural en Santiago del Estero, Argentina Una mirada histórico-social. <i>Liliana Roxana Acuña</i>	12
Garabato	18
• Méxiko: en búsqueda de nuevas rutas del teatro. <i>Sigrid Gruber</i>	19
• La roca de Flaubert. <i>Alberto Salcedo Ramos</i>	20
• El mar ha encallado frente a mi puerta. <i>Martin Leandro Amaya Camacho</i>	21
• Marinero al Mar. Serie fotográfica. <i>Martin Leandro Amaya Camacho</i>	24
Milpa	27
• La decolonialidad más allá del discurso. <i>Anyie Paola Silva Páez</i>	28
• Semillas de esperanza. <i>Carolina Rojas</i>	32
La llama viaja	34
• “Un vínculo especial” Cómo aprender un idioma en el extranjero? Una propuesta desde la escuela ecuatoriana Idioma y Cultura del Valle. <i>Ivan Suarez y Simone Schober</i>	35
• Ein Stück pernambukanische Kultur: der Frevo. <i>Lena Michelsen</i>	37
• ReveLA viaja	39
Científica/Wissenschaft	41
• Matriarchale Strukturen in Mexiko und Panama. <i>Caroline Weingrill</i>	43
• Género y mestizaje colonial andino. Los tránsitos posibles de las mujeres indígenas en la sociedad pigmentocrática <i>Elena Apilánez Piniella</i>	51
• Shadow-boxing with Antonio. Origins and omissions in the recent debate on the conflictive relationship between Marxism and Post-colonial Theory triggered by Vivek Chibber. <i>Gregor Seidl</i>	58
Projekt “ReveLA Schreib Bücher.... ich schenke eins!”	69
Maestría	70
• Forschung im Master. <i>Therese Thaler</i>	71
• Dekoloniale Einverleibungen oder was (De)Kolonialität mit Kannibalismus zu tun hat. <i>Laura Seyfang</i>	74
Coyuntura	76
• Durch Vernunft oder durch Stärke. Über den Kampf der AuslandschilenInnen für ein volles Wahlrecht. <i>Sebastián Bohr Mena</i>	77
• Das pequenas grandes revoluções. <i>Vitor Branco</i>	79
• El tráfico de cocaína. <i>Francisco Roberto Bribiescas Medrano</i>	81
Colibrí	86
• El derecho a la consulta previa de los pueblos indígenas y las consecuencias de su no aplicación. El caso del Baguazo. <i>Erik Sichra Copello</i>	87
• Megaminería y democracia. Análisis de los impactos en la política y en la democracia de Argentina a partir de la década de 1990. <i>Luciana Camuz Ligios</i>	97
• Siembra de café: comparación de sistemas de producción. <i>Marcela Torres Heredia</i>	106
• The Healthy Reefs Initiative. Interview with Ian Drysdale. <i>Therese Thaler</i>	114
Call for papers #5 (Deutsch/Spanisch)	118/119
Créditos	120

Sección/Rubrik

Garabato

A sí como la palabra Garabato abre toda una gama de expresiones, trazos, herramientas, hasta danzas, esta sección pretende darle cabida a diferentes formas de expresión cultural: cuentos, historias, proyectos, imágenes, fotos y mucho más. No solo los análisis racionales y científicos presentan una manera legítima de entender el mundo, sino también los afectos corporales, la capacidad de conmover y estar conmovido, las expresiones subjetivas y colectivas haciendo uso de diferentes medios, constituyen una fuente para entender, comprender y reflexionar.

En esta ocasión Sigrid Gruber nos cuenta sobre el papel del teatro en el contexto mexicano en “México: En búsqueda de nuevas rutas del teatro”. En la cuarta edición de la Revista ReveLA tenemos de nuevo el honor de publicar una crónica del reconocido escritor colombiano Alberto Salcedo Ramos, “La roca de Flaubert”, donde nos relata el quehacer del cronista. Por último, del peruano Martín Leandro Amaya Camacho, presentamos el cuento “El mar ha encallado frente a mi puerta” y la serie fotográfica “Marinero al mar”.

Genauso wie der Begriff Garabato eine ganze Skala von Sinnausdrücken öffnet, von Skizzen über Werkzeuge bis zu Tänzen, strebt diese Rubrik danach, verschiedene kulturelle Ausdrucksformen aufzunehmen: Erzählungen, Geschichten, kulturelle Projekte, Bilder, Fotos und vieles mehr. Nicht nur rationale oder wissenschaftliche Analysen allein stellen eine legitime Auseinandersetzung mit der Welt dar, sondern auch körperliche Affekte, die Fähigkeit sich berühren zu lassen und zu berühren, bilden eine Quelle des Verstehens und Begreifens, die reflexiv genutzt werden kann.

Bei dieser Gelegenheit erzählt uns Sigrid Gruber über die Rolle des Theaters im mexikanischen Kontext in “México: Eine Suche nach neuen Wegen im Theater”. In der vierten Ausgabe der Zeitschrift ReveLA haben wir erneut die Ehre, eine Chronik des anerkannten kolumbianischen Schriftstellers Alberto Salcedo Ramos zu publizieren, “*La roca de Flaubert*”, in der er uns von der Arbeit des Chronisten erzählt. Zu guter Letzt präsentieren wir die Erzählung “*El mar ha encallado frente a mi puerta*” und die Fotoserie “*Marinero al mar*” des Peruaners Martín Leandro Amaya Camacho.

Carolina Rojas



El mar ha encallado frente a mi puerta

*Martin Leandro Amaya Camacho**

“He ahí el mar

De una ola a la otra hay el tiempo de la vida

De sus olas a mis ojos hay la distancia de la muerte”

Vicente Huidobro

Solíamos sentarnos todas las tardes a ver cómo caía el sol, la luz se esparcía en las olas, tú sabes, como si todo estuviera cubierto por cielo, se esparcía y esparcía y era un anaranjado de fiesta. Tan brillante que podríamos jurar haber visto a peces con escamas doradas que iban de ola en ola, y cada ola expandiéndose delante del sol como una gran sinfonía que nacía desde lo hondo del horizonte. Al morir las olas en el suelo del mar, la espuma formaba nubes en el agua. Había tanto brillo, tanta nostalgia en ese mar, en ese pueblo. En aquel buzo que se confundía entre las olas, un hombre que se sumergía en las mareas como un sol moribundo. Se dejaba arrastrar por las corrientes y varaba en la playa donde esparcía sus pequeños tesoros en la arena, conchas, baratijas, pescados, redes y algún pedazo de estrella. Nos hacía adioses con la mano y nos mostraba los dientes, esa era su sonrisa de viejo triste. Se llamaba Samuel y era bueno, aunque le tenía miedo porque llevaba la barba muy crecida, a veces yo le imaginaba con un turbante y montando un camello de mar, una bestia que corría por entre las olas y no paraba hasta llegar a la luna o a cualquier astro que se le antojase.

Era un hombre solitario, no tenía amigos, su casa era un cuartucho de madera que quedaba al costado de la quebrada, allí donde se empozaba en los meses de lluvia, el mar. Todos los perros del pueblo iban siempre tras él, reconociéndole como camarada, como iguales que la luna alumbra en las noches pálidas.

Yo juro haberlo visto alguna vez conversando animadamente con un perro chusco, gris y de ojos raros, como él. Fue una tarde. A mí me gustaba recoger caracoles porque creía que guardaban en su interior las leyendas que las olas narran al golpear las peñas. Con un palo escarbaba la arena del mar y echaba todo lo que encontraba en mi bolsillo. En una montonera de peñas estaba él y un perro, manoteaba

y señalaba un rincón perdido en el cielo, ese último cielo de mi pueblo que es un pájaro triste que se detiene cada tarde, a mirar cómo mueren despacio, los agujeros negros, las locuras y sus hombres. Los estuve espiando por un rato y luego ambos regresaron sus miradas hacia mí, eran unas miradas glaciares, feroces y tuve tanto susto que me eché a correr a casa. Escuché los ladridos lejanos del perro, pero no la despedida del hombre, no la voz que se colaba entre el susurro de las olas.

Al día siguiente, con esa fiel costumbre de chicos de pueblo salimos a meter quilombo a la playa, a bañarnos en el mar hasta desteñirnos y luego cansados o advertidos por los gritos de madre, salir corriendo y mirar las olas hasta que se desgasten. Con los primos mirábamos a mi hermano que limpiaba la pelota llena de arena y decía que de tarde ya no se podía bañar porque los bagres salían a morder. Tipo extraño mi hermano, miraba el mar con respeto y solía nadar hasta los botes cuando papá no estaba viéndolo. A veces jugábamos horas y horas en la playa, luego descansábamos tumbados en la arena, no recuerdo muy bien de qué hablábamos pero ese día yo sentí a la muerte, estaba allí, en la punta del viejo muelle, ciega, oliendo la brisa y con ese andar triste de los desolados. Corría mucho viento, el agua rozaba la superficie del muelle y en ese instante cuando el sol estaba apagándose pudo haberse acabado el mundo, ese momento en que mi hermano limpiaba las capas de arena de la pelota, pudo el mar quedarse quieto y el rumor de los cordeles cesar, gallinazos quietos como marionetas colgando del techo, hermano, quise decirle que sentía la muerte cerca pero mamá ya estaba llamándonos a cenar.

Esa noche cenamos con padre. La luz débil de los focos caía directamente sobre nuestros rostros, papá debió haber comentado sobre el clima y el mal oleaje porque mi hermano empezó a decirle algo sobre el color extraño del mar. Era especial que papá cenara con nosotros porque siempre estaba en el muelle, era el gerente, posición que le daba importancia en todo el pueblo, casi nadie le llamaba por su



Martin Leandro Amaya Camacho

nombre, los pescadores con respeto le saludaban con un “ingeniero”. Él era serio, solo sonreía cuando mi hermana contaba sus peleas en la escuela. Pero esa noche estaba peculiarmente contrariado, susurraba cosas con mi madre y sus ojos no se desprendían de un rincón oscuro en donde había un montón de papeles. El muelle iba a cerrarse por un tiempo, la mar estaba brava, muy brava. Esa noche fui a dormir con la muerte en todos mis pensamientos.

En las vacaciones del verano, íbamos al mar desde las 10 de la mañana. Los primos llegaban corriendo y bajábamos juntos a la playa. Madre nos gritaba que tuviésemos cuidado. Nuestra casa podía verse desde lejos, era grande, tenía balcones, corredores y muchas habitaciones, era muy bonita, se veía blanquísima, el mar casi encallaba en sus puertas. Siempre estaba la abuela sentada en la terraza mirándonos con preocupación porque nadábamos muy al fondo, nos zambullíamos y las olas nos perdían por un rato. Los perros ladraban y la brisa corría libre. Pescadores y cordeles, alguien varando un bote y el olor a ceviche. Éramos chiquillos felices. Luego estaba de nuevo allí, esa sensación de fin de los tiempos, no recuerdo en qué momento fue que la marea empezó a teñirse de rojo, las olas cada vez más altas. Los perros de Samuel lloraban frente al mar. Sabes, eran las 3 de la tarde, esa hora tan floja e innecesaria, en que un pescador se tiró del bote y nadó hasta la punta del muelle, subió a trancos las escaleras y gritó que la marea roja venía desde allá, del fondo, la mar estaba resquebrajándose. A la mar le había venido la regla y desde aquel día las aguas se pusieron rojas, los peces amanecían muertos en la orilla, con la mirada al cielo y la panza inflada. Nadie se atrevía a bañarse, ni siquiera a mojarse los pies. Pasaron los días y ningún pescador se dirigía a altamar. Las playas apestaban, la arena estaba inmundada. Los pájaros dormitaban en los postes y los cerros parecían más inmensos que nunca, de vez en vez caía una llovizna triste que nos dejaba en el aire un olor de tragedia. Los vendedores gritaban desganados y nostalgia de mar tenían los pescadores.

Al octavo día las playas se curaron y las aguas también. El muelle poco a poco fue llenándose de gente y al rato ya nadie se acordaba de nada, pero el abuelo me susurró que nada estaba bien, ahora la muerte se balanceaba contenta en la punta del puente. Lo noté inquieto por mucho tiempo, él estaba viejo y era supersticioso.

-Nada está bien, la mar está rara, muy rara, quiere un hombre- Yo le creí, pero nadie más lo hizo.

Aquella tarde no habíamos ido a jugar fútbol.

Estábamos todos sentados en la terraza mirando cómo el mar reventaba contra las rocas del embarcadero. Los pelícanos habían volado a los techos de las casitas que se asomaban en la orilla sur del pueblo. El viejo Samuel se atrevía a bucear con una mar tan brava, de pronto habían saltado las olas y tronaban tanto que se podía escuchar desde las montañas el bramido del agua. El abuelo estaba solo en la punta del muelle, tirando su cordel, estoico veía cómo las olas morían muy cerca a sus pies. Atrás los demás hombres descargaban el pescado del día y se movían de un lado a otro sin prestarle atención al mar.

En el corazón de las olas se arremolinaba furia. De pronto, ese momento de fin del mundo. Pude decirle a mi hermano que ya la muerte estaba con nosotros, no podríamos nadar hasta los botes, no serían más las tardes jugando a la pelota, y el mar estaría rojo. El rumor del viento y un hombre. Solo eso nos quedaría después, un hombre gritando auxilio.

Desde nuestra casa podíamos ver todo, creo que fuimos los únicos en el pueblo que alcanzamos a ver a lo lejos una gran ola que oscureció la tarde. El abuelo alzó la mirada y tuvo al frente el fin de los tiempos. Tú sabes, como el terror expandiéndose en todos, en aquellos chiquillos que miran sorprendidos cómo el mar, amigo, se levanta para devorarlos. Los pilares temblando, ese pescador que amarra con furia un cabo contra un poste y llora de miedo, esos otros que tiran las jabas y echan a correr a tierra, desesperados, muertos de miedo. Todo lentamente mientras padre corre al puente. Los gritos nos llegaron, parecía que gritaban a nuestro costado. El sol no estaba, las nubes eran negras y eran una ola más furiosa, más violenta, más arisca y que nos despreciaba. La oscuridad corría por todos los rincones, teníamos miedo, éramos de miedo, estaba en mi madre, en la mirada de mi abuela, todos temimos cuando allí, en ese instante, se cayó el universo, el aullido del mar, una ola, un hombre pidiendo auxilio. De pie en el muelle solo un borracho cerró los ojos y gritó maldiciones, el único que no temió. La ola reventó, un aleteo de furias, todo el pueblo se estremeció y una densa neblina cubrió el puente. Pensamos que el abuelo y todos habían muerto. Cuando el susto subía, apareció el abuelo colgado de la barra de un enorme poste que daba vueltas y vueltas, los hombres seguían amarrados y el borracho de pie, mojadísimo, gritando que a él no se lo iba a llevar nadie.

Vi a padre correr desesperado, a él y a otros más. Alguien faltaba. La mar quiere un hombre, fueron las palabras de mi abuelo. Y padre corría desde su oficina,

desesperado corría hacia la punta del muelle, gritaba, pedía un cabo, algo carajo que falta uno. Alguien le alcanzó un cabo, y el viejo sin miedo al mar se paró cerca a la orilla del muelle y lo vio, la corriente lo llevaba y se iba, se iba nomás, la mirada hacia el cielo y el borracho gritó que ahí estaba, quiso entrar pero la mar no dejaba que nadie le quitara a su hombre, padre tiró el cabo y nada, por segunda vez y nada, a la lancha mierda, a la lancha, y un par de olas que se alzan y acarician el cielo, has jurado ver una sirena. Ahora caminas delante de todos, en un camino negro, no hay horizonte, no existe. Parece que vas a volar, los pies están flotando y el mar ahí delante. Ves al viejo llorando porque no pudo salvar al último ahogado del pueblo. Papá allá se lo llevan las olas. Todos se arrodillaron cuando él se hundió. El mar dejó de bramar y quedó quieto como un estanque dormido.

Cuatro días después el ahogado varó cerca de las peñas que quedaban por la casa, nosotros no salimos

a jugar, el cielo no invadió nada, los peces dorados huyeron y Samuel se alejó tristísimo y ahogado, fue de tarde ya cuando su jauría dejó de ladrarle al mar.

Pude haberle dicho a mi hermano que la muerte estaba allá, con el andar de los desolados, pero madre ya nos llamaba a cenar y se acercaba amenazante la orilla.

**Martin Leandro Amaya Camacho (Cancas, 29 de Octubre de 1993) es un escritor peruano. Estudiante de la carrera de periodismo en la Universidad Nacional de Piura. Ganador del concurso “Crónicas” edición 2013 organizado por la Escuela de Ciencias de la comunicación- Facultad Educación. Ha sido incluido en la Antología “Metáfora” que reúne cuentos de la Región de Piura.*

Serie fotográfica “Marinero al mar” Martin Leandro Amaya Camacho





